

Fernando de AZEVEDO (profesor de la Universidad de San Pablo). EDUCACION Y SOCIEDAD. Sociología de la Educación, introducción al estudio de los fenómenos educativos y de sus relaciones con los demás fenómenos sociales. Versión española de Ernestina de Champourcin. México, Fondo de Cultura Económica, 1942. 498 pp. \$10.00. Dls. 2.00

La continuidad, categoría fundamental de la vida orgánica, sufre un eclipse en la vida psíquica para reaparecer de nuevo en el mundo espiritual. Pero en éste su forma es distinta. Mientras en el reino orgánico la vida asegura su continuidad de unas generaciones a otras por medio del plasma germinativo, en el mundo espiritual la vida se transmite en virtud de la ley expansiva de todo contenido espiritual. El organismo se propaga mediante la reproducción; el enigma de este fenómeno es la herencia.

La cadena de la vida se interrumpe en la capa inmediata superior, en el dominio del alma. Aquí cesa la continuidad. La vida del alma aparece con el individuo y desaparece con él; cada cual tiene la conciencia para sí mismo oculta a la mirada ajena del prójimo.

En la esfera del espíritu reaparece la continuidad. Pero la vida espiritual no se propaga por herencia, sino por tradición. El efecto es el mismo que en la vida orgánica; lo que cambia es el modo de la propagación. Herencia y tradición unen a unos hombres con otros, la conciencia los separa.

La función social que asegura la continuidad de la vida espiritual es la educación. En todas las sociedades, desde las primitivas de forma rudimentaria hasta las más complejas sociedades modernas, las generaciones adultas transmiten a las jóvenes, mediante la educación, los modos de vida y tipos de cultura que caracterizan a cada grupo humano. De este hecho básico parte el profesor brasileño Fernando de Azevedo en su extenso estudio sobre la sociología de la educación.

Si bien el hecho educativo reviste diversidad de formas, el fenómeno en cuanto tal es siempre constante; se repite idénticamente en todos los

tiempos y en todos los lugares. Estamos en presencia, por consiguiente, de un fenómeno original y esencial a toda vida social. La continuidad del espíritu a través de las generaciones queda garantizada por la educación, componente imprescindible de la evolución histórica. Sin la educación quedaría interrumpida la corriente de la cultura, pues los contenidos espirituales son cosa muerta si no hay seres capaces de aprehender su sentido.

Por tanto, las formas de la educación están en una relación recíproca con las formas sociales. La función de la educación está condicionada por la estructura social y a su vez la educación actúa formando la sociedad.

Ahora bien: si la educación es un hecho social como la religión, el lenguaje, las ideas morales, las instituciones jurídicas y económicas, existe materia suficiente, dice el profesor Azevedo, para un estudio sociológico de este fenómeno. La observación científica de la realidad educativa constituye el tema de la sociología de la educación.

Fernando de Azevedo sigue el surco que empezó a roturar Durkheim, quien, como es sabido, aplicó el método sociológico al estudio de los fenómenos educativos, todavía hoy su libro *Educación y Sociología* es una guía preciosa para el investigador en este dominio.

Es conocida la actitud del sociólogo francés. Los fenómenos sociales deben ser tratados como "cosas" y no como ideas; estas "cosas", que necesariamente no tienen que ser de naturaleza material, hay que buscarlas fuera de la conciencia individual y no dentro de ella, prescindiendo además, de toda consideración utilitaria y finalista.

No es este el momento de discutir si las ciencias sociales pueden contentarse, por fructífero que sea este método, en describir desde "fuera" la vida social, ni tampoco si por este camino se aprehende la esencia de la sociedad. Si bien creemos que la sociología "pura" no es la última palabra de las ciencias sociales, pensamos que la actitud de Durkheim contribuyó de un modo decisivo a delimitar certeramente el problema sociológico limpiándolo de toda especulación y que purificó el punto de vista normativo, entonces casi exclusivo de la pedagogía, estableciendo las bases reales de las normas educativas.

Pero el establecimiento de fines y normas cae fuera del dominio de la ciencia. Es cosa de la filosofía cuando no de la profecía. La ciencia positiva se atiene únicamente a los hechos cuya legalidad investiga y sistematiza. Y nada más. Lo cual no quiere decir que el ideal sea ajeno a la realidad, pues en todo ser está preformado un deber ser.

De lo dicho se desprende que la sociología de la educación tendrá por objeto el estudio de los hechos y de las instituciones de la educación tal

como se dan a los ojos del observador. Compartimos la discrepancia del profesor Azevedo respecto de la interpretación que suele darse en América del Norte a la sociología de la educación. En general, en ese país se comprende por "educational sociology" la sociología aplicada a la educación. El profesor de la Universidad de San Pablo rechaza esta consideración pragmática. No le interesa, en primer término, ni la reforma de la educación ni la de los métodos escolares. No hay que confundir la sociología de la educación con la "política de la educación" por estrecha que sea la relación entre ambas.

El autor sigue fiel al punto de vista de Durkheim. La sociología de la educación es una rama de la sociología pura, es decir, sus investigaciones recaen sobre datos objetivos o hechos susceptibles de observación y con una homogeneidad suficiente para poder ser clasificados en una misma categoría. Por otra parte, estos hechos serán objeto de estudios totalmente desinteresados, es decir, "para conocerlos y sólo para conocerlos". "La ciencia —transcribe Azevedo de Durkheim— comienza desde que el saber, sea cual fuere, se busca por sí mismo".

Con esta orientación el autor nos introduce en la función de la educación en las sociedades primitivas, donde salta a la vista el carácter difuso del fenómeno educativo. El grupo en su totalidad educa a sus miembros asimilándolos según su propia ley. No existen todavía instituciones educativas diferenciales.

Pasa después al estudio de la función educadora del grupo familiar. La familia, sin ser una institución educativa especializada, ejerce esta función en grado eminente. La autoridad del padre, el amor, la paciencia y una abnegación de la madre, imprimen poco a poco en el alma del niño, con caracteres indelebles, el sello del espíritu familiar. Pero si la familia es la institución más adecuada para educar, dice el autor, es precisamente la menos propia para "instruir". La creciente complejidad de la vida y el enorme desarrollo de la ciencia hacen necesaria la creación de órganos especializados. Tal es la escuela en su amplio sentido. Por consiguiente, la familia y la escuela no se oponen, sino que se complementan.

Con ayuda de un extenso material histórico el autor llega a la conclusión de que la escuela es una función solidaria del conjunto de las instituciones sociales y que sigue en cada época las líneas de la evolución social general de cada pueblo. Ciertamente que las instituciones escolares están condicionadas por el marco social en que se desarrollan, pero a su vez, añadiríamos nosotros, la escuela condiciona la evolución social. La

escuela es mucho más que la imagen de la vida. Toda educación planeada, consciente, representa una vida más alta, más depurada que la de la mera calle, la cual, si forma, también deforma. Cuando las instituciones escolares devuelven el hombre al torrente de la vida, por lo regular el individuo no *cae*, pues el hombre y el árbol miran hacia arriba, sino que elevan a su nivel el plano de la vida corriente. Con todo, estamos de acuerdo con el profesor Azevedo en no exagerar la influencia de las instituciones escolares, por lo menos de las de hoy, que con frecuencia tan lejos están de la idea. Pero no olvidemos que la escuela no sólo transmite la tradición, sino que la eleva también de nivel. Así constituye un factor del progreso.

No es posible en el marco de estas breves notas resumir el rico contenido de los capítulos en que se trata de los sistemas pedagógicos en relación con las instituciones sociales, la educación y las clases sociales, la organización de los sistemas escolares, la opinión pública y la educación y la relación de la esfera política con la educativa. El conocimiento sobre la materia que demuestra el profesor Azevedo le hace trascender con frecuencia la actitud sociológica para desembocar en la pedagógica general. Esta ampliación del punto de vista aparece clara en los últimos capítulos, en que trata de los fines de la educación, y de la escuela, el patriotismo y la unidad nacional.

Si el sociólogo encuentra en la esfera educativa un rico campo de experiencias para la construcción de su ciencia, especialmente en el estudio de los procesos sociales e interrelaciones humanas que tienen lugar en la comunidad escolar y en el aula misma, aspecto de la educación que el profesor Azevedo trata marginalmente, el político, y sobre todo el educador, tienen que acudir a la realidad sociológica de la educación si no quieren formular los ideales educativos, condicionados por los ideales de vida del pueblo, de un modo abstracto y por tanto inoperante, y si no quieren construir todo el aparato escolar sin base sólida real, garantía de su eficacia.

Realzan el valor del libro del profesor Fernando de Azevedo una copiosa y precisa bibliografía, y muy en particular, siguiendo el estilo norteamericano, una escogida serie de problemas y discusiones al final de cada capítulo.